

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

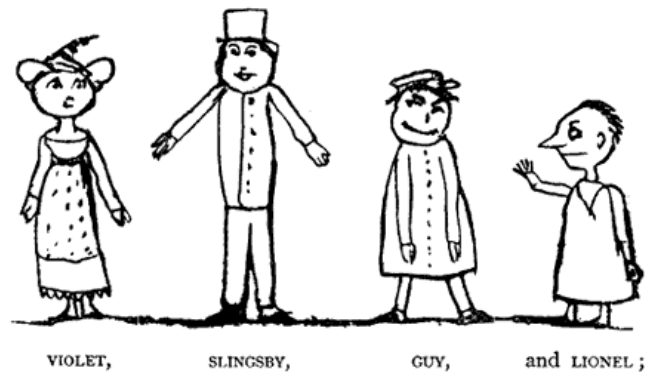
Ririro

La historia de los cuatro niños que dieron la vuelta al mundo

Érase una vez, hace mucho tiempo, cuatro personitas. Se llamaban...

Todos querían ver un poco de mundo, así que compraron un gran barco para dar la vuelta al mundo. El barco estaba pintado de azul con manchas verdes y la vela tenía rayas amarillas y rojas. Volverían por tierra al otro lado del mundo.

Cuando partieron, sólo llevaban un gato como timonel. El gato también tenía que cuidar del barco. También se llevaron a un Quangle-Wangle mayor que tenía que cocinar y hacer té. Llevaron una tetera grande para el té.



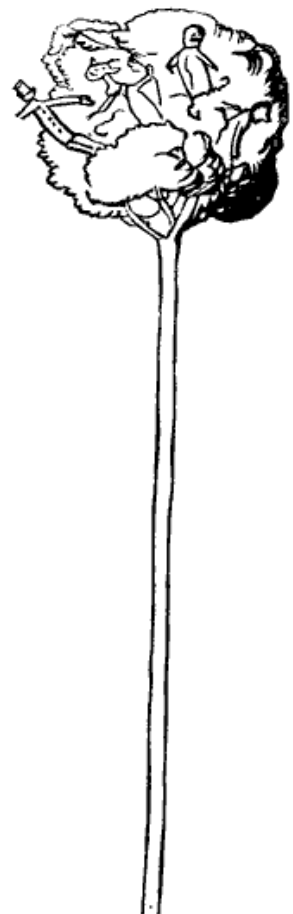
Durante los diez primeros días, navegaron sin problemas y tuvieron mucho que comer porque había muchos peces. Sólo tenían que sacar el pescado del mar con una larga cuchara. El Quangle-Wangle cocinaba el pescado

inmediatamente. El gato se quedaba con las espinas. Así que todo el grupo estaba feliz y contento.



Durante el día, Violeta se dedicaba a verter agua salada en una mantequera. Sus tres hermanos se encargaban de batirla con la esperanza de que se convirtiera en mantequilla. Pero, desgraciadamente, esto ocurría muy pocas veces, por no decir nunca. Por las tardes, todos se retiraban a la tetera. La tetera era un lugar excelente y

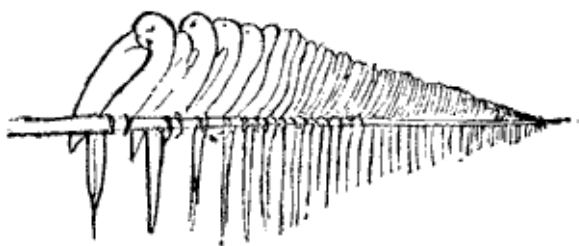
cómodo para dormir. El gato y Quangle-Wangle vigilaban el bote.



Al cabo de un tiempo, vieron tierra a lo lejos. Cuando se acercaron, descubrieron que era una isla de agua rodeada totalmente de tierra. Estaba bordeada por cuellos de tierra por donde fluía una gran corriente oceánica. Era un lugar de una belleza perfecta, con un solo árbol de 150 metros de altura.

Cuando desembarcaron, dieron una vuelta. Descubrieron con gran sorpresa que la isla estaba completamente cubierta de chuletas de ternera y gotas de chocolate, y no había nada más. Así que todos se subieron al alto árbol para ver si había gente.

Tras pasar una semana en lo alto del árbol y no ver a nadie, llegaron a la conclusión de que no había habitantes. Así que descendieron y cargaron la barca con dos mil chuletas de ternera y un millón de gotas de chocolate. Con esto podrían alimentarse durante un mes o incluso más. Así podrían viajar más lejos sin tener que buscar comida.



A continuación, llegaron a una costa donde estaban

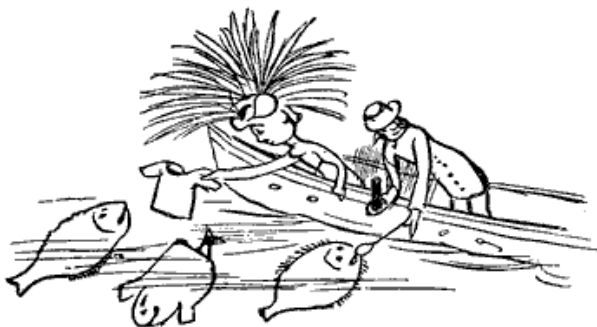
sentados no menos de sesenta y cinco grandes loros rojos con colas azules. Estaban sentados en fila en una barandilla y todos dormían profundamente. El gato y Quangle-Wangle se arrastraron hasta los loros y les mordieron las plumas de la cola a los sesenta y cinco loros. Violeta los regañó por esto.

Sin embargo, Violeta puso todas las plumas, doscientas sesenta en total, en su sombrero, que brilló y centelleó maravillosamente con las plumas.



Su siguiente aventura tuvo lugar en una parte estrecha del mar que estaba tan llena de peces que el barco no podía avanzar más. Estuvieron allí unas seis semanas hasta que se comieron casi todos los peces. Eran peces lengua que sabían deliciosos con salsa de gambas, así que no hubo problema.

Mientras los peces (que no se comieron) se quejaban del frío y de los problemas que tenían para dormir por el ruido de los osos de hielo, Violeta tejió un vestido de lana para algunos de los peces. Slingsby dio a los peces



gotas calmantes para que volvieran a entrar en calor y durmieran bien.

Entonces llegaron a una tierra que estaba totalmente cubierta de enormes naranjos llenos de

fruta. Todos desembarcaron y se llevaron la tetera con ellos. Pensaban recoger algunas naranjas y ponerlas en ella.

Mientras lo hacían, se levantó un viento terrible. El viento arrancó casi todas las plumas de las colas de los loros del sombrero de Violeta.

Eso no fue nada comparado con la calamidad de las Naranjas, que bajaron de las ramas de a millones. Golpearon y repiquetearon sobre



sus cabezas y los viajeros tuvieron que correr para salvar sus vidas. El sonido de las naranjas al golpear la tetera fue el más aterrador que jamás habían oído.

Sin embargo, llegaron sanos y salvos al barco. Todos se quejaban porque estaban doloridos. El pie derecho de Quangle-Wangle estaba tan lastimado que tuvo que usar



una zapatilla durante al menos una semana.

Después de esta aventura, estuvieron un tiempo un poco

tristes. Tal vez eso nunca habría pasado si Lionel no hubiera permanecido de pie sobre una pierna con toda su dedicación y perseverancia. Realmente había que alabarlo por ello. Les silbó una canción alegre en voz alta. Así se distrajeron y pudieron recuperarse.

Acordaron que cuando volvieran a casa, harían un bonito cuadro de Lionel, hecho de pan de jengibre y frambuesas, como expresión de su gratitud.

Después de navegar unos días más, llegaron a una tierra donde vieron, para su gran alegría, una innumerable multitud de Ratones blancos con ojos rojos. Estos estaban comiendo un

delicioso pudín en un gran círculo. Los Ratones eran muy corteses y educados.



Como los cuatro viajeros tenían bastante hambre y estaban cansados de comer sólo Pescado y Naranjas durante tanto tiempo, discutieron cómo podrían pedir educadamente a los Ratones un poco de su pudín. Se acordó que Guy iría a pedírselo a los Ratones, cosa que hizo inmediatamente.

Y... recibió de los Ratones una cáscara de nuez que sólo estaba llena hasta la mitad de pudín, mezclado con agua. Guy se enfadó mucho y dijo:

—Si tienen tanto pudín, ¿tal vez puedan regalarnos un poco más?

Pero apenas había terminado de hablar cuando todos los Ratones se dieron la vuelta. Y todos estornudaron al mismo tiempo, vengativamente, sobre él. No te imaginas qué sonido tan horrible: millones de Ratones enfadados estornudando al mismo tiempo.

Guy no sabía lo rápido que tenía que volver al barco. Pero primero, tiró su sombrero en medio del pudín. Con esto, había estropeado la cena de los Ratones.



Poco a poco, los niños se acercaron a una tierra en la que no había casas. Sin embargo, había un número

increíblemente grande de enormes Botellas sin corcho, de un deslumbrante color azul.

Cada una de estas Botellas azules contenía una Mosca de Botella Azul. Y todos estos interesantes animales vivían juntos en armonía. Probablemente en muchas partes del mundo no se puede encontrar una felicidad tan perfecta como aquí.

Violeta, Slingsby, Guy y Lionel se sintieron profundamente afectados por este lugar tan especial. Después de pedir permiso a las Moscas de Botella Azul (que fueron muy corteses), acercaron la barca a la orilla y empezaron a hacer té. Pero como no tenían hojas de té, se limitaron a arrojar algunos guijarros al agua.



Los cuatro niños charlaron con las Moscas de Botella Azul. Las Moscas hablaron de forma cortés y digna, aunque con un acento ligeramente zumbón.

—¿Por qué viven en botellas? —preguntó Violeta—, ¿Y por qué en Botellas azules y no en Botellas verdes, moradas o amarillas? ¿Quieren explicárnoslo?

Una Mosca Botella Azul muy vieja respondió:

—Encontramos las Botellas aquí listas para mudarnos. Lo hacemos igual que nuestros tatarabuelos. En invierno, ponemos las botellas boca abajo para reducir el frío. Esto sólo se puede hacer con Botellas azules.

—Por supuesto, no es posible con una botella de color diferente, entiendo —dijo Slingsby—. Pero si se puede saber, ¿de qué viven entonces?

—Vivimos principalmente de tartas de ostras —dijo la Mosca de Botella Azul—. Cuando éstas escasean, sobrevivimos con vinagre de frambuesa y gelatina condensada.

—¡Qué delicioso! —dijo Guy.

A lo que Lionel añadió:

—¡Huzzz! —Y todas las Moscas de Botella Azul dijeron:

—¡Huzzz!

En ese momento, una Mosca anciana dijo que era hora de cantar la canción de la tarde. Y tras una señal, todas las Moscas de Botella Azul comenzaron a tararear simultáneamente en un hermoso tono grave. El melodioso sonido resonó por toda el agua y retumbó entre los picos de las verdes montañas. Era un sonido suave y hermoso. La Luna brillaba en el cielo estrellado, iluminando con sus rayos los brillantes lomos y alas de las Moscas de Botella Azul. Era un hermoso espectáculo de la naturaleza.

Muchos largos años después, los cuatro pequeños viajeros seguían recordando aquella noche como una de las más felices de toda su vida. Era ya medianoche cuando Quangle-Wangle izó la vela de la barca, volvió a colocar la tetera y la batidora en su sitio, y el Gato se

puso de nuevo al timón. Los niños se despidieron cariñosamente de las Moscas de Botella Azul, que se acercaron a la orilla para despedirlos.



En señal de respeto y despedida, Violeta hizo una profunda y cortés reverencia y colocó una de sus escasas plumas de cola de loro en el pelo de la distinguidísima Mosca de Botella Azul. Slingsby, Guy y Lionel les dieron tres cajas de alfileres negros, higos secos y sal. Y así, se marcharon, para siempre, de aquel dichoso lugar.

Abrumados por sentimientos de tristeza, los cuatro pequeños viajeros se metieron en la tetera y se durmieron profundamente. Pero a lo largo de toda la costa, durante muchas horas, se oyó claramente el sonido de los sollozos de los seres vivos. El triste sonido perduró en las olas mientras el barco se alejaba del País de las Botellas Azules Felices.

Tras este suceso, pasaron varios días tranquilos. No ocurrió nada especial. Salvo que, cuando los viajeros pasaron por una zona arenosa, vieron un espectáculo insólito de cangrejos grandes y pequeños, quizá

seiscientos o setecientos, sentados a la orilla del agua. Estaban ocupados desenredando un enorme aro de estambre de color rosa claro. Se humedecían intermitentemente con un líquido compuesto de vino blanco y agua de lavanda.

—¿Podemos ayudarlos con algo, Cangrejos? —preguntaron los cuatro niños.

—Muchas gracias —respondieron los Cangrejos—. Estamos intentando hacer guantes de estambre, pero no sabemos cómo.

A lo que Violeta, que conocía perfectamente el arte de hacer guantes, dijo a los Cangrejos:

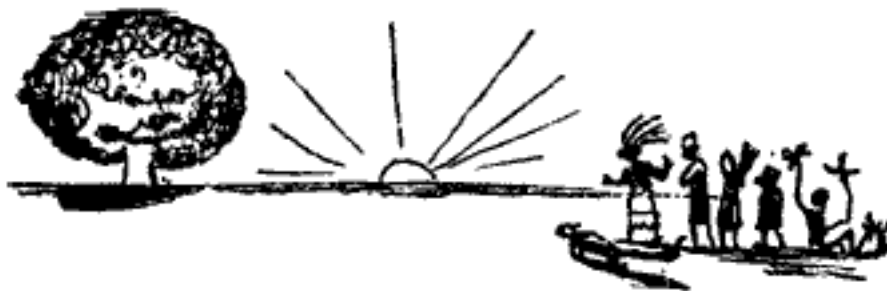
—¿Se pueden desenroscar las garras o son pinzas?

—Están hechas para desenroscarse —respondieron los Cangrejos. E inmediatamente, colocaron un gran montón de garras cerca del barco. Violeta peinó entonces todo el estambre de color rosa claro y confeccionó los guantes más bonitos que puedas imaginar.

Los cangrejos volvieron a enroscarse alegremente las pinzas y se alejaron sobre sus patas traseras, cantando canciones con sus voces de plata.

Después, las cuatro personitas siguieron navegando hasta que llegaron a una vasta y ancha llanura de dimensiones asombrosas. Al principio, no había nada que ver. Pero a medida que los viajeros avanzaban, apareció en la penumbra un objeto que, al examinarlo más de cerca, parecía alguien con una gran peluca blanca, sentado en una silla hecha de galletas y conchas de ostras.

—No parece ser un humano —dijo Violeta vacilante. Pero no pudieron saber qué era realmente hasta que Quangle-Wangle (que ya había dado la vuelta al mundo antes) exclamó en voz alta:
—¡Parece un Coliflor!



Y así fue. Pronto descubrieron que lo que habían confundido con una peluca gigante era en realidad la parte superior de un Coliflor. También vieron que el Coliflor no tenía pies, sino que podía moverse graciosamente sobre un único tallo. Una hazaña extraordinaria que, además, ¡le ahorra el trabajo de llevar medias y zapatos!

Pronto todo el grupo abandonó el barco y se quedó mirando al Coliflor con una mezcla de afecto y asco. Entonces se levantó de repente y corrió, a su manera esponjosa, hacia el sol poniente. Sus pasos eran



apoyados por dos Pepinos fiables y un gran número de Lavanderas Acuáticas que la guiaban de tres en tres. Finalmente, desapareció al borde del cielo occidental en una cristalina nube de arena.

Por supuesto, este maravilloso espectáculo causó una profunda impresión en los cuatro niños. Inmediatamente regresaron a su barco, tosiendo y chapoteando por la arena y con un hambre enorme.

Poco después, los viajeros tuvieron que navegar bajo unas rocas altas y salientes. En lo alto de las rocas estaba sentado un niño muy malo, vestido con pantalones rosas. Llevaba un plato de hojalata en la cabeza. Lanzó una enorme calabaza al barco, haciendo que se balanceara peligrosamente.



Pero no había de qué preocuparse, todo el grupo sabía nadar muy bien. Incluso prefirieron nadar hasta que salió la luna. Cuando el agua se enfrió, volvieron al barco, empapados.

Quangle-Wangle lanzó la calabaza hacia atrás con gran fuerza. La calabaza golpeó las rocas donde estaba sentado el niño malo y explotó en mil pedazos. Las rocas se incendiaron y el niño malo se calentó cada vez más. Sus pantalones se volvieron completamente verdes y se le quemó la nariz.

Dos o tres días después, llegaron a otro lugar. Allí no encontraron más que pozos profundos llenos de

mermelada de moras. Era el terreno de los pequeños monos de nariz amarilla que vivían allí en gran número. Guardaban la mermelada de moras como alimento para el invierno. Mezclaban la mermelada con una sopa ligera de bígaro y la servían en elegantes cuencos que se podían encontrar gratis por todos lados en aquella parte del país.

Sólo había uno de los monos de nariz amarilla en casa, y estaba profundamente dormido. Sin embargo, los cuatro viajeros, Quangle-Wangle y el Gato estaban tan asustados por sus enormes ronquidos que sólo se atrevieron a tomar una pequeña taza de mermelada y regresaron inmediatamente a su barco.

¡Cuán grande fue su horror cuando vieron el barco (incluidas las teteras y las mantequeras) en la boca de una enorme araña de mar! Esta feroz criatura vive en las aguas del mar y es terrible de ver.

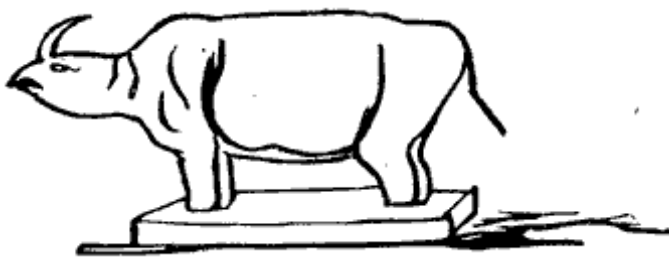
Afortunadamente, ¡casi nunca te las encuentras! En un instante, el hermoso barco fue mordido en miles de millones de pedazos. Y quedó claro que Violeta, Slingsby, Guy y Lionel ya no podrían continuar su viaje por mar.



Los cuatro viajeros tuvieron que decidir continuar su viaje por tierra. Por suerte, un Rinoceronte anciano pasó por allí en ese momento. Todos se subieron a su lomo. Quangle-Wangle se sentó en su cuerno y se agarró a sus orejas. El Gato se sentó en el extremo de su cola. Así continuaron su camino, con sólo unas pequeñas judías y patatas como comida.



Por suerte, consiguieron cazar algunas gallinas, pavos y otras aves por el camino, que se posaban constantemente sobre la cabeza del rinoceronte para recoger semillas. Cocinaron los animales en un fuego que encendieron en el lomo del rinoceronte. Los acompañaba una multitud de canguros y grandes grullas muy presumidas y curiosas. Así que nunca les faltaba compañía, y se convertía en toda una procesión que recorría el país.



Tras dieciocho semanas, por fin llegaron sanos y salvos a casa. Fueron recibidos por sus seres queridos, pero también despreciados por sus

aventuras y planes. Finalmente, decidieron llevar a cabo sus planes de viaje en otro momento más favorable.

¿Y el rinoceronte? Como muestra de gratitud, lo hicieron matar y disecar. Luego lo colocaron delante de la casa de su padre como felpudo.